

La Dama y el Dragón

Dani Calvo Gil



Image not found.

Capítulo 1

LA DAMA Y EL DRAGÓN

Elena "La Dama Blanca" caminaba a un ritmo pausado. Llevaba un vestido blanco con bordes dorados, una diadema de perlas carmesí y un bolso de piel color castaño. Era la hija de Los Reyes Blancos, la raza humana más antigua y también la más poderosa. Desde pequeña, siempre había estado destinada a casarse con Dragón Rojo, el Príncipe heredero de los Dragones, pues la eterna amistad que poseían era sagrada y, desde el principio de los tiempos, decidieron conectar sus almas para dominar el Reino Imperial. Cuando Elena observó por primera vez a su futuro esposo, unas lágrimas dulces deslizaron por su piel tersa y excesivamente pálida. Aquella noche estaba sumergida en una luna brillante, y las estrellas exhibían un colorido prodigioso. Elena se acercó a él entusiasmada. Sintió un rayo sentimental por su cuerpo, como un hormigueo nervioso pero repleto de ternura. Besó sus labios fríos y húmedos. Creyó tocar el cielo bajo el sonido intenso de una canción melancólica, "Mi alma y tu latido", de Peter Corazón, un conocido compositor. En aquel momento, comprendió que el amor era una bendición superior, y lo disfrutaría hasta el final de los días con Dragón Rojo. Sin embargo, unos días después, su hombre fue ordenado para cumplir una arriesgada misión en Tierra Oscura, una ciudad impregnada de angustia, dolor y rabia. El rostro de Elena cambió, sabía que aquella misión podía acabar con el cadáver putrefacto de su amor. Aunque tuvo la valentía de intentar convencer a sus padres, la elección estaba tomada. Dragón Rojo era un luchador nato y, además, descendía de una familia experta en guerras y en combates. Cuando transcurrieron dos meses, el Príncipe heredero no había dado señales de vida, así que Elena comenzó a sufrir pesadillas y a pensar en la muerte de su amor. Estaba afligida, mustia, y con una opresión en el pecho que la hacía respirar con dificultad. Entonces, unos días después, resignada por la despreocupación de las familias, decidió ir sola en busca de su futuro esposo. Ella sabía que no debía emprender aquel viaje, pero el amor le nublaba la razón.

La tarde estaba tranquila y el viento soplaba fresco. Después de atravesar paisajes pintorescos, ciudades desiertas y bosques frondosos durante cuatro días, el cansancio recorría todo su cuerpo. Sin embargo, la recompensa era enorme. A lo lejos, unos cincuenta metros de ella, vislumbró un cartel escarlata y arcaico, "Bienvenido a Tierra Oscura". La alegría calmó sus nervios, intensos como las llamas de una fogata. Tenía la placentera sensación de percibir el aroma dulce de Dragón Rojo. Caminó con un paso más acelerado por el sendero encharcado y

destartalado hasta que llegó justo a la entrada de aquella tierra sombría. Descansó un largo rato, recompuso las fuerzas comiendo tarta de chocolate y prosiguió su camino. Quedaba poco para alcanzar su meta: Dragón Rojo.

φ

La Dama Blanca observaba con atención todos los detalles de esa misteriosa tierra. Las calles eran estrechas, desvencijadas y con un olor a peste hedionda. Las casas tenían una apariencia gótica: las fachadas de piedras calizas negras, las puertas de un color gris opaco y los ventanales tapizados con pieles de animal. Todas mantenían el mismo aspecto. Elena sentía que la vigilaban, y en algún momento inesperado seres horripilantes de ese lugar se lanzarían hacia ella con el propósito de hacerle cosas impensables y perturbadoras. Son solo paranoias mías, pensó. Quizá no. El pensar que su hombre estaría perdido y desamparado por ese lugar le agarraba el estómago y lo oprimía sin compasión.

Cada vez se introducía más en el profundo agujero de Tierra Oscura, y cada vez desprendía un terror más gélido, incluso fantasmal. Sin embargo, regresar no era una opción válida. Durante los últimos años Dragón Rojo había entregado toda su alma por ella, ahora la Dama Blanca debía devolverle los sentimientos.

Elena avanzó unos cuantos pasos y, de pronto, se detuvo. Aquel olor nauseabundo había alcanzado un nivel similar al de un difunto que ya acarreaba varios días de descomposición. Se tapó la nariz, cerró los ojos y empezó a respirar con fuerza por la boca. Esto es insoportable, pensó. Cuando los abrió de nuevo, advirtió una niebla espesa amarillenta. Y el olor aumentó. Elena tosió de una manera desmedida, algo la estaba ahogando. El aire surgió como un terremoto, pero ahora estaba cálido y cortante. La Dama Blanca seguía tosiendo, produciendo una mucosidad vercosa. Al cabo de unos minutos, se desvaneció.

Elena resurgió de la inconsciencia. Estaba aturdida, confusa, y todavía le costaba respirar. Se levantó despacio, cogió el bolso situado al lado de su brazo derecho y miró a su alrededor. La niebla había amainado, aunque unos copos todavía acechaban en el ambiente. ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué era esa niebla? ¿Por qué había pieles de animal en las ventanas? Prefirió dejar de atosigar su cerebro. Quería encontrar a su futuro esposo y escapar de allí. De Tierra Oscura. De la muerte.

La Dama Blanca subió por una cuesta empinada y giró a la derecha, dónde se encontraba un callejón algo menos estrecho pero igual de

inquietante. En las paredes se hallaban cuadros impolutos de un estilo clásico. Era extraño que estuvieran en buenas condiciones dada la suciedad y la fetidez que presentaba la ciudad. Elena tocó un lienzo asombroso, risueño. En la parte superior, un ángel surcaba por el viento con una sonrisa condescendiente, vestía unos pantalones azules y una corona plateada descansaba sobre su cabeza. En la parte inferior, un niño de cabello rubio estaba tumbado en una hamaca con un pastor alemán de cuerpo erguido a su lado. Él tenía colocada la mano en el pelaje del perro, mientras que este mostraba una dentadura blanca como la nieve pura. Se percibía una armonía exquisita, pero era lo discrepante. ¿Qué persona humana había dibujado aquella preciosidad en ese lugar? ¿Con qué intención? Había cosas que se escapaban a su entendimiento...

De pronto, se encontró frente a una casa con la puerta idéntica a las demás: de un gris opaco y una cerradura con diferentes pestillos de seguridad. Levantó la mano para pulsar el timbre, pero sintió miedo y recapitó. ¿Debía hacerlo? ¿Y si la gente estaba muerta? ¿O actuaban de forma extraña? Tenía que correr el riesgo.

Con los dedos temblorosos, pulsó el timbre y provocó un ruido sordo, carente de potencia. Nada. Ninguna señal de vida. Lo volvió a intentar una segunda vez. Se escucharon unos pasos en el interior de la casa. Las luces estaban encendidas, había alguien dentro que no quería pronunciarse. En otras circunstancias se hubiese marchado o, quizá, no hubiera llamado ni siquiera. Sin embargo, era una cuestión de vida o muerte. Todo por su amor. Volvió en sí cuando una anciana bajita, rechoncha y con el rostro demacrado abrió la puerta. La primera impresión fue espeluznante, típica figurante de las películas de zombis. Su vestimenta, en vez de aderezar la tensión, la aumentaba cien nivelaciones, ocasionando una descarga eléctrica masiva que ascendía por su espalda y llegaba a su pelo, ahora en forma de punta. Llevaba una túnica azulada con manchas sangrientas, unas sandalias destrozadas propias de otra época y unas gafas mugrientas con algún tipo de líquido viscoso. ¡Lávese, señora!

Tenía un ojo cristalizado, mientras que el cuenco del otro balanceaba como un columpio en mal estado. El cabello castaño caía hasta los hombros, enmarañado y revuelto.

Elena rompió el silencio con un tono de voz endeble:

—Hola, señora. ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

La mujer no rehuía la mirada de la joven, y añadió:

—No, estoy ocupada. ¡Largo de aquí!—exclamó enojada.

Y de golpe, cerró la puerta en sus narices. El aire despedido golpeó sus mejillas. Elena no daba crédito a lo sucedido. Además de ser realmente

repugnante, también sufría una enfermedad: la grosería. ¡Vieja grosera!, pensó.

Aún sabiendo que no le sacaría nada de información, quiso probar un segundo tanteo. Otra vez el mismo procedimiento. Ese ruido sordo. Los pasos muertos. Y el rostro demacrado cercano a ella. Esta vez, la impresión resultó ser bastante peor.

—Perdone, no quisiera molestarla —dijo Elena algo asustada—, pero necesito ayuda. Mi futuro esposo vino hace unos meses a esta ciudad para cumplir una misión y desde entonces no sé nada de él.

Aquella mujer (o cosa) entornó los ojos. Estaba examinándola, de arriba abajo. Por las razones que fuesen, no confiaba en ella.

—¿Cuál es su nombre?

—Dragón Rojo, Príncipe heredero de los Dragones. ¿Lo conoce, verdad?

Sus miradas se cruzaron. Elena la apartó, no estaba dispuesta a observar por más tiempo esa aberración.

—No conozco a nadie con ese nombre, no puedo ayudarla. Ahora, ¡Déjeme en paz!

Otro portazo violento se hundió en su cráneo. Estaba agotada, pesarosa y con la ilusión enterrada bajo sus pies. Hablar con esa señora había sido una pérdida de tiempo. También había una pieza que no encajaba en el rompecabezas del misterio: todo la población sabía de la existencia del Dragón Rojo, hijo de los Dragones. ¿Cómo no sabía quién era? ¿La había engañado? ¿O en realidad decía la verdad y simplemente no lo conocía? Conforme pasaba el tiempo, las preguntas crecían como las flores en primavera. Seguía escasa de respuestas... y engullida por Tierra Oscura.

φ

El anochecer se hacía visible en la profundidad de la ciudad. El ambiente estaba enrarecido, y la brisa se presentó húmeda y espesa. Los pájaros cantaban con un alarido frívolo, como si tuvieran temor o inapetencia. Elena creía en sus cantos como melodías celestiales caídas del firmamento. En ese momento, era todo lo contrario. Daban la sensación de escalofríos, de soledad y amargura, de lágrimas y demencia.

La Dama Blanca cogió un trozo de pastel de chocolate y lo engulló en un par de bocados. Estaba delicioso. Después se limpió los restos de la comida con un pañuelo y bebió media botella de agua. Siempre, desde la infancia, tomaba un poco de agua después de comer algo que llevara chocolate. Para ella era como una tradición.

Cuando se presentó ante la segunda puerta, de gris opaco y diversos pestillos de seguridad, respiró grandes bocanadas de aire para relajar la rigidez de los músculos. Pulsó el timbre. También sonó un ruido sordo. Pero nada de pasos, ni un adarme de movimiento. La oscuridad que nacía desde el interior de la casa reflejaba sombras en su rostro, como si se tratara de un espectro. Se dio cuenta de que la oscuridad procedía de la propia noche. Esta ya había llegado, tan natural y siniestra como siempre. Volvió a pulsar el timbre. Y, de nuevo, el mismo ritual. Cansada de esperar, dio media vuelta y se alejó unos metros de la puerta. Para su asombro, escuchó un ruido metálico a su espalda. Echó un vistazo por encima del hombro y observó un cuerpo pequeño, inocente y con una mirada plácida.

—¿Qué desea? —preguntó el niño, agazapado tras la puerta.

Elena se acercó lentamente a él y lo miró fascinada. Tenía un aspecto noble pese a la edad, que sería unos trece años. Vestía un jersey de lana cobrizo, un pantalón estampado, unos zapatos negros y una pulsera de cuero en su muñeca derecha.

—Hola, guapo. ¿Le suena Dragón Rojo?

El joven palideció. Sus labios dibujaron una sonrisa atónita. ¿Acaso sabía algo?

Entonces, La Dama Blanca fue arrastrada hacia el recóndito de la casa.

φ

—No deberías haber venido. Y lo más importante, ya no deberías estar aquí. Tienes que abandonar este lugar cuánto antes, no es seguro para ti —dijo Pedro.

Elena estaba sentada en un sillón ocre mientras el niño la advertía de la amenaza que corría.

—Pero, ¿Por qué? ¿Qué está pasando? —la duda aumentaba en su

corazón.

—Dragón Rojo fue asesinado por los Guardias Dorados de esta ciudad. Y si se enteran de quién eres y que estás aquí, te buscarán y te matarán. Siempre lo hacen y nunca fracasan. No quiero que te ocurra nada, así que márchate —explicó Pedro.

La Dama Blanca se puso ambas manos en la cara y comenzó a llorar. El llanto era seco aunque desgarrador. Todo por lo que había luchado, todo por lo que había soñado, estaba muerto y enterrado. El niño se arrimó a ella y la agarró con ternura por la espalda.

—Lo siento, Dama. No estés triste, él te espera dónde brillan las almas para la eternidad.

Elena dejó de fabricar un lago de lágrimas. Tenía los párpados inundados de odio. Habían asesinado a su amor. A su alma gemela.

—Ahora que estás más calmada —prosiguió—, es la hora de partir.

Elena se levantó del sillón, besó en las mejillas al joven y salió a la lobreguez de la noche. La luna desprendía unos destellos de fulgor mortecinos. El viento dormía, pero no tardaría en regresar con ahínco, y las calles seguían desiertas, otorgando una sincera tranquilidad aunque a su vez una agonía excesiva. Mientras recorría el camino de regreso, pensaba en Dragón Rojo. Lo habían matado. ¿Por qué razón? Le daba igual. La cuestión era sencilla: su corazón ya no estaba en este mundo. Siguió avanzando, cuando apareció aquella maldita niebla. Aquella que la dejó inconsciente. Ahora era más ligera pero mucho más grisácea que antes. Se quedó inmóvil, perpleja. La niebla estaba cerca, a tan solo unos centímetros, cuando un hombre encapuchado se la llevó.

φ

En aquel pozo appestoso, Elena dormía en los brazos de ese encapuchado con un aire a los superhéroes. Allí dentro hacía calor. Sin embargo, se estaba bien. Por lo menos, mejor que fuera a merced de esa maldita niebla. El hombre la miraba sonrojado mientras le rozaba la piel con sus inmensos dedos. ¡Qué princesa más hermosa!, pensó. Al cabo de unas horas, La Dama Blanca despertó. Observó a su alrededor. Se sorprendió, y luego recordó el último hecho de su vida. Ya sabía por qué estaba en el pozo.

—¿Todavía está la niebla ahí fuera?

—No, huyó hace un rato. Ya puedes estar tranquila —el hombre se expresaba con un sosiego imposible de tener en Tierra Oscura. ¿Cómo lo hacía?

—¿Por qué me ha salvado?

—Porque sé que es buena persona. Sin embargo, aquí hay gente malvada. Malvada y perversa.

—Solo llevo unas cuantas horas en esta mierda, con perdón, y puedo afirmar que tiene toda la razón —dijo Elena en un tono irónico.

—¿Qué hace una joven encantadora por Tierra Oscura? —preguntó el hombre cambiando de tema drásticamente.

—Buscaba a mi amor... Ya no veré su cara de ángel hasta que muera —su voz estaba ahogada, un nudo fuerte apretaba las cuerdas vocales—. Vino aquí por una misión y ha terminado siendo un cadáver.

El encapuchado volvió a acomodarse la capucha. Alargó el brazo y tomó la espada blanca de punta fina que se hallaba en una especie de anclaje. Era preciosa y prácticamente nueva. Elena quedó asombrada.

—Tu amor se equivocó en acudir a esta parte del mundo. Aunque, quizá, esté más contento en el más allá.

—Tal vez —Elena no pudo articular ninguna palabra más, pues aquel hombre la imponía demasiado.

—Ahora mismo, no hay que preocuparse de otra cosa que salir de aquí. Si quieres, podríamos estar años contándonos nuestra ¿miserable? vida, pero será mejor que deje ponerme en marcha. Quiero sobrevivir en esta ciudad y también quiero que llegue a su palacio sana y salva, ¿entendido?

La Dama Blanca sonrió. Eso era que sí. El hombre le devolvió el gesto. Envainó la espada, se levantó con ligereza y, antes de partir, dijo:

—Espere aquí, señorita.

Cuando Elena quiso decirle algo, el encapuchado ya se había ido. Es todo tan extraño, pensó. Ella quería creer en ese hombre, pero la incertidumbre estaba siempre presente en su cabeza. Aunque era lógico. Era un mecanismo de defensa que tenía el cerebro para no confiar en cualquier persona y en cualquier situación. El peligro acechaba en cada

esquina.

Lo aprendió de Dragón Rojo. Sin nada más que hacer, ni en qué pensar, volvió a su sueño.

φ

La única salida era la muerte. Elena se encontraba en una silla de madera amarrada de las muñecas a una esposa y de los pies a una cuerda lacerante. Empezaba a dañar y abrasar la piel, como una quemadura de segundo grado. Observaba aterrorizada los cuerpos de muchos habitantes de la ciudad, mientras estos sostenían antorchas ardientes y decían comentarios en un idioma que ella desconocía.

—Atán, salá de tun. ¡Atán!

—¡Resar, resar, acusad mortem!

¿Qué diablos decían? ¿Qué les iban a hacer? ¿Por qué ese comportamiento tan extraño?

Elena giró la cabeza y vio a Pedro similar a ella: atado de pies y manos pero en una especie de camilla. Tenía la cara ensangrentada, moratones por todo el cuerpo y cortes profundos en el pecho. ¡Salvajes!, pensó. Se imaginó estar en su misma situación, torturada y chorreando sangre. Un agudo escalofrío recorrió sus entrañas. La cabeza le daba vueltas, el estómago revuelto estaba cerca de expulsar un vómito y la esperanza de vivir, en ese punto, ya no existía.

La Dama Blanca, con un grito desesperado, ordenó:

—¡Acabad conmigo, malditos bastardos! Ojalá os pudráis en el infierno.

El líder de la ciudad se aproximó a Pedro, este agonizando y suspirando entrecortadamente. Llevaba un cuchillo plateado con la punta gruesa en la mano derecha. La vestimenta era cruda: toda era de piel humana. Se notaba la sangre desecada, casi negra. Era completamente asqueroso. El jefe barbudo y con una panza descomunal clavó el cuchillo en el muslo del joven rubio. La sangre vivamente roja salpicó su rostro, y sacó la lengua en busca de bebida fresca. Elena tuvo arcadas hasta que vomitó un líquido blanquecino con trozos espesos y verdosos. Se enjugó la boca con la manga del vestido. En aquel momento, quería morir. Quería morir con

dignidad y no de aquella manera inhumana.

El hombre barbudo seguía alimentándose de sangre fresca. Cogió una copa situada en una mesa próxima a la camilla donde estaba Pedro y la llenó, realizando un nuevo corte en la parte inferior del muslo. Enseñó la copa impregnada de plasma sanguíneo a sus títeres, recibió efusivos aplausos y la vació sobre su cuerpo, sintiendo la calidez de la sangre joven.

—Atán, salá de tun. ¡Atán!

La ciudad, coral, gritó:

—¡Atán!

El líder se sentía complacido, pues Tierra Oscura engrandecía su persona. Ser el todopoderoso no era sencillo, requería un ansia de matar y de tragar plasma sanguíneo digno de admiración. Siempre había estado preparado para el cargo. Sin embargo, pasaron años hasta que pudo gobernar. Tuvo que despedazar al antiguo líder, su padre. Podía parecer una siniestra locura. No era así, todo era por la supervivencia de la ciudad.

Cuando dio por concluido el ritual, asestó un golpe mortal en la garganta Pedro. Elena, dolida y encolerizada, soltó unas lágrimas dulces por la muerte de aquel joven. Solo habían hablado una vez, pero le sirvió para comprender su bondad. Además, perdió la vida por intentar ayudarla. Eso no lo olvidaría nunca. Jamás.

La Dama Blanca se sobresaltó cuando un habitante, en su idioma, dijo:

—Ella tampoco debe estar en este mundo, debe morir también.

Si aquello era lo mejor, bienvenido sea. El terror más amargo que nunca pudo imaginar emergió a causa de esas circunstancias. La retorció en su interior, como un martillo pilón agujerea el suelo. Era el fin. Hasta nunca.

El líder cogió un arco, también depositado en la mesa cerca de la camilla donde yacía Pedro, y apuntó en dirección a su frente. La gente abucheaba y gritaba con todas sus fuerzas. La noche persistía gélida, y el ambiente se había tornado turbulento, como a veces las olas del mar. Elena apartó la mirada del barbudo y del arco, poseída por unos nervios a flor de piel. Se dejaba llevar. Entonces, lejano, una figura aparecía entre las sombras. Era el encapuchado. Todos contemplaron al hombre de la espada, incluido el jefe. La Dama Blanca esbozó una sonrisa, y chilló:

—¡Máteme, por favor! Prefiero que lo haga usted antes que sufrir una

tortura por cualquier engendro maligno de estos.

El encapuchado la miró consternado. No quería hacerlo por nada del mundo, pero era la única salida. La muerte llegaba en cualquier instante. Y mejor padecerla con piedad. Se llevó una mano a la boca (la que no sujetaba el arco), le mandó un beso y disparó la flecha. Impactó en la frente de Elena. Murió al instante, con la mirada tiesa hacia su rostro.

El encapuchado se arrodilló y fijó la mirada en el cielo.

—Yo, Dragón Rojo, me condeno a muerte por haber mentido a mi futura esposa, y también por haberla matado. Solo he querido protegerte y por eso, cariño, no te desvelé mi identidad. Era demasiado peligroso para mí y para tí. Pero amor, en pocos minutos, nuestras almas se encontrarán. Te quiero... para la eternidad.

El Príncipe heredero de los Dragones, futuro esposo de la Dama Blanca, agarró una flecha del arco y se la incrustó en la frente, como había hecho con su amor. Un charco de sangre se formó alrededor de él. El tiempo se detuvo. Entonces, su alma voló hacia el más allá. Allí estaría Elena, esperándolo con un vestido de novia y un ramo de flores. El amor siempre vence, y es inmortal.